

La abstinencia como constante del encuadre psicoanalítico



DAMIÁN SCHROEDER¹

El encuadre es entonces una institución.

— José Bleger

Me honra haber sido convocado a participar en esta presentación de nuestra querida *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (RUP) en su 70.º aniversario.

En una reunión científica en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, celebrada a fines de 2010, inauguramos la Biblioteca Virtual-Psi, culminando así un proceso de años junto con universidades públicas y privadas y casi todas las organizaciones Psi de Uruguay. Para esa presentación, que luego fuera publicada en la RUP, elegimos el término *encuadre*, de los más citados en las referencias, con 170 en aquel entonces y a lo largo de distintos períodos (Schroeder et al., 2011).

Diez años después, en 2020, la misma búsqueda arrojó 250 referencias. Esto fue en el contexto de haber sido convocado a colaborar con un artículo en la revista *Equinoccio* con el tema encuadre, en la ocasión del 40.º aniversario de la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica. En aquel artículo, comenzaba con el mismo epígrafe tomado del texto de Bleger (1967) «Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico»: «El encuadre es entonces una institución», para proponer como título «La institución en el encuadre» (Schroeder, 2021).

Para quienes abrevamos en la importancia de la determinación social en la psiquis, acerca de la que Viñar (2002) nos ha dejado tantas enseñanzas, es complejo dar cuenta de los modos en que estos procesos se

1 Miembro titular de la APU. damianschroeder@gmail.com

producen. Más aún, ¿cómo dar cuenta de lo sociohistórico en los procesos de subjetivación del analista?

La intuición blegeriana del encuadre como institución se enlaza con esta otra afirmación a párrafo seguido. Dice Bleger (1967):

Lo que me resultó evidente es que cada institución es una parte de la personalidad del individuo. Y de tal importancia, que siempre la identidad —total o parcialmente— es grupal o institucional, en el sentido de que siempre, por lo menos una parte de la identidad, se configura con la pertenencia a un grupo, una institución, una ideología, un partido, etc. (p. 238).

Bleger (1966) articula en un mismo sujeto una dimensión singular, grupal, institucional y comunitaria, aporte que él toma de Pichon-Rivière (1971). Se puede ver la inquietud de Bleger (1967) acerca de cómo, partiendo de una matriz social, alguien adviene como sujeto (Faimberg, 2012). Considero que esto último está en relación con la temática propuesta por nuestra RUP (APU, 2020): Otro-yo-otro. Lo simbólico y lo imaginario produciendo un sujeto psíquico contemporáneo atravesado socioculturalmente en lo singular, lo grupal y lo institucional.

Desde la perspectiva de una praxis concebida sociohistóricamente, me propongo repensar el posicionamiento analítico a partir de la regla de abstinencia como constante del encuadre y como condición del método psicoanalítico. El desafío es, entonces y ahora, alojar, ser hospitalarios al/ con el sufrimiento psíquico del sujeto contemporáneo. Nuestra escucha analítica, en una atención que, de manera ineludible, es desparejamente flotante, es una escucha en tensión, entre prescripciones y proscripciones, instituidos e instituyentes; prescripciones entre las que se destaca la regla de abstinencia inevitablemente atravesada sociohistóricamente.

Ahora bien, una reinterrogación con respecto al encuadre psicoanalítico en nuestra praxis contemporánea necesita de una mirada histórica que nos permita la puesta en perspectiva de la abstinencia como constante del encuadre y condición del método psicoanalítico. En esa mirada histórica, lo primero que observamos es que no siempre hubo encuadre tal como fue conceptualizado ulteriormente. La palabra *encuadre* no aparece en la obra de Freud.

Las conceptualizaciones acerca del encuadre han tenido históricamente que ver con su problematización (Schroeder, 2010). Los llamados «escritos técnicos» que Freud escribiera entre 1910 y 1915 (1910/1979; 1915/1980) dan cuenta de esto. En 1910, en el contexto de la fundación de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA), Freud (1910/1979) hace referencia a la contratransferencia para señalar los puntos ciegos del analista. Indica así lo imprescindible del análisis personal como condición para analizar. Es en esos escritos que Freud también se referirá a la necesaria abstinencia del analista, fundamentalmente para controlar las transgresiones (actuaciones incestuosas) al encuadre en aquel período.

La figura del cirujano en la asepsia de su *block* quirúrgico tomó la delantera en la manera de concebir el posicionamiento analítico. Que esto se haya producido en el contexto del proceso fundacional de la IPA nos recuerda que Bleger (1969) formuló el concepto de *praxis psicoanalítica* para dar cuenta de la indisoluble unión en el psicoanálisis entre la teoría, la práctica y «la organización institucional del psicoanálisis y de los psicoanalistas» (p. 287).

Desde los inicios del psicoanálisis, ya en aquel congreso fundante de la IPA de 1910, puede reconocerse de manera implícita una estrecha relación entre el posicionamiento del analista, la experiencia de análisis personal, el encuadre y los procesos de institucionalización. Hace ya tiempo que se incluye una dimensión institucional a modo de «cuarta pata» del trípode. Esta dimensión atraviesa tanto la formación como la práctica clínica posterior, e incide de manera permanente en nuestras modalidades de escucha, en nuestras filiaciones transferenciales y teóricas y en nuestro posicionamiento analítico.

Esto explica, a mi juicio, tal como advirtió Racker (1955), que en dicho posicionamiento se movilizan, además de lo que proviene del analizante, otras relaciones de objeto que tienen que ver con nuestras filiaciones transferenciales, con los dispositivos institucionales, ya sea en la formación (seminarios, supervisiones, etcétera) como en la praxis ulterior. Incluye los atravesamientos provenientes de las sociedades analíticas como de toda la sociedad. Racker llamó a estos fenómenos «contratransferencia indirecta», que me parece que puede ser pensada como una dimensión institucional de la contratransferencia y que propuse llamar «implicación» (Schroeder, 2006).

Un ejemplo paradigmático es lo que puede observarse en la implicación del analista en formación en las supervisiones curriculares en relación con la frecuencia esperada de las sesiones. Existe una tensión inevitable entre las necesidades y las posibilidades de un analizante y de un analista, cada vez y de manera singular, y las exigencias de un instituto de formación. Es en esa tensión que aparece la expresión *pacientes curriculares*.

Las problematizaciones de los encuadres se produjeron a punto de partida de la ampliación de las fronteras de la práctica clínica en el abordaje de niños y de pacientes no-neuróticos. Más recientemente, con la crisis de 2002, se teorizó en torno a lo que se dio en llamar el «desmantelamiento del encuadre tradicional» (Alizade, 2002, p. 13), de lo que da cuenta nuestra RUP (APU, 2002) de aquel año: «Encuadres y procesos psicoanalíticos». La cuestión del encuadre y su problematización se puede rastrear en la revista. Fundada en 1956, tuvo un punto de inflexión, a nuestro juicio, con el primer número del cuarto volumen, en 1961.

En el 70.º aniversario de nuestra revista, es pertinente recordar que en ese contexto kleiniano de aquel fermental psicoanálisis del Río de la Plata se publicaron artículos que dan cuenta de las controversias mayores del psicoanálisis mundial en esa época. En esa edición se publican «Los orígenes de la transferencia», de Klein (1961); dos artículos de Heimann (1961a, 1961b), «Acerca de la contratransferencia» y «Contratransferencia» (a los que Klein se había opuesto cuando su primera publicación); una revisión de la obra de Racker, realizada por Baranger (1961); y un artículo de Money-Kyrle (1961) que retoma a Lacan (2003) en su crítica a la contratransferencia. Es en ese mismo número que se publica «La situación analítica como campo dinámico», de Baranger y Baranger (1961), texto devenido clásico de nuestro acervo psicoanalítico, de plena vigencia, que incluye desarrollos y reformulaciones ulteriores, de las que también da cuenta nuestra RUP.

En el conjunto de esos artículos (exceptuando el de Klein), se encuentra una crítica a las metáforas invocadas por Freud (1912/1980) de la «luna del espejo», a una concepción de un analista que solo muestra lo que le es mostrado y a la metáfora de un ideal de analista al modo de «un cirujano en el *block* quirúrgico». Por el contrario, la respuesta emocional

del analista se constituye en herramienta para develar lo inconsciente del paciente. Heimann (1961a, 1961b), quien postula el uso de la contratransferencia como instrumento, alude a cómo Freud (1895/1980) refiere a una resistencia de la paciente que se oponía a que emergieran los recuerdos olvidados. Para superar esa resistencia, Freud consigna que debió recurrir a su propio trabajo psíquico. Concluye que esa resistencia se correspondería con la fuerza que tuvo que ver con la generación sintomática de entonces como con la represión de los recuerdos infantiles (p. 275).

Ese trabajo psíquico freudiano, que evoca la precesión contratransferencial señalada por Neyraut (1976), significó un paso enorme de la técnica a la metapsicología del inconsciente y la represión, y ese paso fue posible por el reconocimiento de Freud de su implicación en aquel campo inaugural (Schroeder, 2000). Es un encuadre que ya no puede pensarse sino incluyendo la implicación del analista en el campo transferencial. Coincido con Viñar (2020) cuando sostiene que las concepciones desarrolladas por Pichon-Rivière (1971), Bleger (1967), Racker (1955) y Baranger y Baranger (1961) apuntaban a un horizonte distinto al de la proclamada asepsia en el trabajo psicoanalítico (p. 73).

Baranger y Baranger (1961), al elaborar sus experiencias con grupos, postulan una fantasía de pareja que surge singularmente en el campo analítico. Es un inconsciente que se crea en sesión, que surge en el campo, que trasciende a cada uno de los sujetos en juego, marcando un punto de inflexión en las hipótesis sobre el inconsciente (Sopena, 2012, p. 444). El sujeto del inconsciente es conceptualizado en un movimiento que va de lo grupal a lo singular. Es en esos mismos años en los que Bleger (1967) ya venía pensando lo institucional que escribe el ya citado «Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico», texto devenido clásico y, por lo mismo, a reinterrogar. Bleger señala el problema de un encuadre «idealmente normal», de un encuadre que se «cumple» aparentemente sin problemas. Señala que el baluarte más resistente se deposita en el encuadre y esto es a significar en el trabajo analítico. Fue un aporte suyo el advertirnos con respecto al riesgo de las ritualizaciones en los encuadres, junto con la necesidad de mantenerlo estable (Faimberg, 2012). Aborda el encuadre cuando parece que no hay problemas para indicar el riesgo de no advertir la significación transferencial en juego en la dialéctica entre el encuadre del analista y el del analizante.

Freud (1912/1980) distingue ya en aquellos «escritos técnicos» entre los pilares del método: la libre asociación del analizante y la atención flotante del analista, distinto de los «consejos» en relación con la frecuencia, la duración de las sesiones, los honorarios, etcétera. Todos ellos elementos de una técnica pasibles de modificación sin por ello traicionar al método. Esta distinción entre método y técnica (Fernández, 2010, p. 161) nos ayuda, a mi juicio, a distinguir también entre encuadre y contrato.

En la formulación de Bleger (1967) se trata de un encuadre articulado con referencias kleinianas y bionianas y que es concebido como el depositario de aspectos indiferenciados o psicóticos. Esto que puede observarse en la clínica del campo no-neurótico requiere de precisiones para el campo neurótico. Por otra parte, Bleger define al encuadre como el «no proceso», como constante y condición de proceso. Este singular aporte ha sido «naturalizado». No obstante, la definición de *encuadre* como «no proceso» es a reinterrogar. Sin ir más lejos, mientras que para Bleger el no proceso es condición de proceso, para Baranger y Baranger (1961) el no proceso refiere al estancamiento del campo analítico.

El encuadre como no proceso estableció un ideal de fijeza, de inmutabilidad a repensar sociohistóricamente. Este ideal de estabilidad, de un encuadre como invariante, es un obstáculo que no ha permitido ver que, en rigor, se trata de una realidad que cambia. ¿Sigue operando en nuestro imaginario un ideal de asepsia de *block* quirúrgico a salvo de la contaminación de los virus exteriores?

Aprendimos con la pandemia a cuestionar la presencialidad en su condición de constante. Navegamos, en el mejor de los casos, entre la tecnofobia y la tecnofilia. La presencialidad como condición de análisis ha mutado luego de la pandemia y continúa siendo fuente de controversias mayores en el mundo psicoanalítico. El espacio en cuestión y ¿el tiempo? Basta solo pensar en los efectos de la práctica lacaniana de la escansión en sesiones de duración variable, fuente del proceso que lo llevó a la «excomunió» de la IPA. O también podemos pensar en Winnicott (1958/1979), el primer autor en hablar de *setting*, y su práctica de sesiones prolongadas en el abordaje de pacientes con dificultades en la constitución de su yo, en un trabajo en el que el marco (*setting*) predomina sobre la interpretación (p. 394).

Ya señalé que es necesario profundizar en la diferencia entre contrato y encuadre, con frecuencia confundidos. El contrato remite a los aspectos formales y materiales de la situación analítica —horarios, honorarios, frecuencia, reglas explícitas—. Ciertamente es condición que se instituya una previsibilidad a efectos de que el espacio-tiempo analítico se preste a la resignificación transferencial. El encuadre, en cambio, surge y ha sido «amasado» en la experiencia analítica del propio analista. Es el trípode y la «cuarta pata» de una transmisión que produce procesos de subjetivación en el analista. En esta transmisión importan las latencias (Castillo Soto & Schroeder, 2024), los aspectos inconscientes que se juegan en el «prisma transferencial» de perfil endogámico que caracteriza a las asociaciones psicoanalíticas y sus institutos, en los que además de la transferencia paciente-analista, se juegan múltiples transferencias con docentes, supervisores, en la compleja estructura institucional, como bien ha señalado Casas de Pereda (2002, p. 8).

En este proceso de historización puede verse cómo, con las ampliaciones de las fronteras de la clínica psicoanalítica, Green (Urribarri, 2008) instituyó la noción de encuadre interno del analista en su posicionamiento en el campo no-neurótico. En el llamado «desmantelamiento del encuadre tradicional», Alizade (2002) propuso también recurrir al encuadre interno.

Al irrumpir la pandemia, en marzo de 2020, arrasando con la posibilidad de la presencialidad, se invocó al encuadre interno como recurso, como si fuera una entidad, una cosa de la que disponemos, independientemente de los contextos en los que ejercemos nuestra praxis. Se trata más bien de la influencia de las crisis económicas, culturales y sociales en nuestra práctica clínica, de las condiciones en las que la ejercemos, atravesada por marcas institucionales, históricas y sociales. En este sentido, aquello que Bleger (1967) concebía como no proceso también se transforma y se ve atravesado por movimientos históricos y sociales.

No hay dudas de que existe un trabajo psíquico imprescindible del analista y que eso ha sido llamado «encuadre interno». En lo de *interno* resuena una vez más la ilusión de una práctica analítica realizada en el aislamiento del *block* quirúrgico. Ciertamente, el abordaje de la cuestión de lo interno/externo no lo voy a desarrollar aquí. Aunque fue Green (Urribarri, 2008) quien instituyó la noción de encuadre interno, fue Donnet (1999),

en 1973, el primer autor psicoanalítico en hacer mención del encuadre interno en su texto «El diván bien atemperado». Afirmo más adelante en ese mismo texto que el verdadero encuadre sería transicional...

Entonces, ¿de qué disponemos? De nuestro análisis personal, del efecto en nosotros de la privación en el otro, de su abstinencia en su posicionamiento analítico. Entendemos la regla de abstinencia no solo como el concepto *princeps* de una pretendida teoría de la técnica, manteniendo la necesaria privación y frustración (Schkolnik, 1999, p. 79), no solo como pilar de nuestro método, sino como constante, siempre en tensión, del encuadre psicoanalítico y, por lo tanto, como condición del método. Si el posicionamiento abstinentes es posible, es porque remite a la experiencia personal del análisis del analista.

El abstenerse de desear por el otro es una condición constante del encuadre y del método, de tal manera que sea posible que haya un analizante que asocie libremente y un analista que atienda «desparejamente» flotante y que pueda prestarse al juego de la deconstrucción subjetiva. Es una abstinencia que está condicionada sociohistóricamente y que, por lo tanto, es objeto de atravesamientos en modo de prescripciones y proscripciones. Parafraseando a Freud (1921/1979) y a Pichon-Rivière (1971): en la atención desparejamente flotante de nuestra escucha psicoanalítica, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo todos los encuadres son, al mismo tiempo y desde un principio, sociales.

El silencio abstinentes es favorecedor de la transferencia en la artesanía del juego analítico, lo que vale también para nuestras experiencias de intervenciones institucionales trabajando con/en grupos, equipos y organizaciones.

REFERENCIAS

Alizade, A. M. (2002). El rigor y el encuadre interno.
Revista Uruguaya de Psicoanálisis, 96, 13-16.
<https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1601>

Asociación Psicoanalítica del Uruguay. (2002).
Encuadres y procesos psicoanalíticos.
Revista Uruguaya de Psicoanálisis, 96. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/issue/view/111>

- Asociación Psicoanalítica del Uruguay. (2020). Otro-Yo-otro. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 130-131. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/issue/view/3>
- Baranger, W. (1961). Notas sobre el aporte de Heinrich Racker al conocimiento de la contratransferencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 164-176. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/838>
- Baranger, M., & Baranger, W. (1961). La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 3-54. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/792>
- Bleger, J. (1966). *Psicohigiene y psicología institucional*. Paidós.
- Bleger, J. (1967). *Simbiosis y ambigüedad. Estudio psicoanalítico*. Paidós.
- Bleger, J. (1969). Teoría y práctica en psicoanálisis: La práctica psicoanalítica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 11(3/4), 287-303.
- Casas de Pereda, M. (2002). *Reflexiones sobre la frecuencia de sesiones en la práctica analítica* [Ponencia]. Precongreso del XXIV Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis de la Federación Psicoanalítica de América Latina, Montevideo, Uruguay.
- Castillo Soto, D., & Schroeder, D. (2024). Lo latente en la dimensión institucional de la transmisión. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 138, 13-25. <https://doi.org/10.36496/n138.a1>
- Donnet, J. L. (1999). El diván bien atemperado. *Revista de Psicoanálisis de la APM (Madrid)*, 31.
- Faimberg, H. (2012). José Bleger y su encuadre dialéctico: vigencia actual. *Calibán*, 10(1), 194-203.
- Fernández, A. (2010). El método y la consulta terapéutica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 110, 161-173. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1190>
- Freud, S. (1979). Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 11, pp. 129-142). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1910).
- Freud, S. (1979). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 18, pp. 63-136). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).
- Freud, S. (1980). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 12, pp. 111-119). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912).
- Freud, S. (1980). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 12, pp. 159-174). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1980). Sobre psicoterapia de la histeria. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 2, pp. 253-309). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1895).
- Heimann, P. (1961a). Acerca de la contratransferencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 129-136. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/835>
- Heimann, P. (1961b). Contratransferencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 137-149. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/836>
- Klein, M. (1961). Los orígenes de la transferencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 116-128. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/834>
- Lacan, J. (2003). *El seminario. Libro 8: La transferencia, 1960-1961*. Paidós.
- Money-Kyrle, R. E. (1961). Contratransferencia normal y algunas de sus desviaciones. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 150-163. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/837>
- Neyraut, M. (1976). *La transferencia*. Corregidor.
- Pichon-Rivière, E. (1971). *Del psicoanálisis a la psicología social*. Nueva Visión.

- Racker, H. (1955). Aportación al problema de la contratransferencia. *Revista de Psicoanálisis*, 12(4), 481-499. https://www.apa.org/ar/_apa/download/REVAPA19551204p0481Racker.pdf
- Schkolnik, F. (1999). ¿Neutralidad o abstinencia? *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 89, 68-81. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1313>
- Schroeder, D. (2000). El sujeto y el objeto de la contratransferencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 92, 137-158. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1433>
- Schroeder, D. (2006). Subjetividad y psicoanálisis. La implicación del psicoanalista. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 103, 40-58. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1599>
- Schroeder, D. (2010). Repensando el encuadre interno. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 110, 144-160. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1189>
- Schroeder, D. (2021). La institución en el encuadre. *Equinoccio. Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, 2(1), 33-52. <https://doi.org/10.53693/ERPPA/2.1.2>
- Schroeder, D., Bertúa, F., Francia, P., Gómez, M., López, A. L., Ponce de León, E., Errandonea, E., Rodríguez, C., Moreno, P., & Bordaberry, M. (2011). El concepto de encuadre en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (1956-2010) y en la biblioteca de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 111, 203-227. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/926>
- Sopena, C. (2012). El campo dinámico del psicoanálisis. *Revista de Psicoanálisis*, 69(2-3), 431-446. https://www.apa.org/ar/_apa/download/REVAPA20126923p0431Sopena.pdf
- Urribarri, F. (2008). André Green; La representación y lo irrepresentable en la práctica contemporánea. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 106, 110-119. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1699>
- Viñar, M. (2002). Sobre encuadre y proceso psicoanalítico en la actualidad. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 96, 24-30. <https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/1625>
- Viñar, M. (2020). Pensando con Freud en el siglo XXI. Yo y el otro en la formación analítica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 130-131, 68-75. <https://doi.org/10.36496/n130.131a3>
- Winnicott, D. W. (1979). *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1958).